



EL  
MARAVILLOSO  
**MAGO**  
DE

**L. FRANK BAUM**

Ilustraciones

**IBAN BARRENETXEA**

Traducción

**CELIA FILIPETTO**

**comBEL**

Combel Editorial es un sello de Editorial Casals, SA

© 2022, Celia Filipetto por la traducción

© 2022, Iban Barrenetxea por las ilustraciones

© 2022, Michael Patrick Hearn por el prólogo

© 2022, Editorial Casals, SA

Casp, 79 – 08013 Barcelona

combeleditorial.com

Diseño gráfico: Estudi Miquel Puig

Primera edición: marzo de 2022

ISBN: 978-84-9101-814-8

Depósito legal: B-536-2022

*Printed in Spain*

Impreso en Índice, SL

Calle D, 36 (Zona Franca) – 08040 Barcelona

---

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

---

El papel utilizado para la impresión de este libro procede de bosques gestionados de manera sostenible.



L. FRANK BAUM

Ilustraciones  
IBAN BARRENETXEA

Traducción  
CELIA FILIPETTO

Prólogo  
MICHAEL PATRICK HEARN



**COMBEL**

ÍNDICE

PRÓLOGO 7

MICHAEL PATRICK HEARN

INTRODUCCIÓN 15

CAPÍTULO 1

EL TORNADO 19

CAPÍTULO 2

EL ENCUENTRO CON LOS MUNCHKINS 25

CAPÍTULO 3

CÓMO SALVÓ DOROTHY AL ESPANTAPÁJAROS 35

CAPÍTULO 4

EL CAMINO A TRAVÉS DEL BOSQUE 43

CAPÍTULO 5

EL RESCATE DEL LEÑADOR DE HOJALATA 49

CAPÍTULO 6

EL LEÓN COBARDE 59

CAPÍTULO 7

EL VIAJE HACIA EL GRAN OZ 65

CAPÍTULO 8

EL CAMPO DE AMAPOLAS MORTÍFERAS 71

CAPÍTULO 9

LA REINA DE LOS RATONES DE CAMPO 79

CAPÍTULO 10

EL GUARDIÁN DE LAS PUERTAS 85

CAPÍTULO 11

LA MARAVILLOSA CIUDAD  
ESMERALDA DE OZ 93

**CAPÍTULO 12**  
**EN BUSCA DE LA BRUJA MALVADA 107**

**CAPÍTULO 13**  
**EL RESCATE 121**

**CAPÍTULO 14**  
**LOS MONOS ALADOS 125**

**CAPÍTULO 15**  
**EL DESCUBRIMIENTO DE OZ EL TERRIBLE 133**

**CAPÍTULO 16**  
**LAS ARTES MÁGICAS DEL GRAN FARSANTE 145**

**CAPÍTULO 17**  
**EL LANZAMIENTO DEL GLOBO 149**

**CAPÍTULO 18**  
**RUMBO AL SUR 155**

**CAPÍTULO 19**  
**EL ATAQUE DE LOS ÁRBOLES BELICOSOS 159**

**CAPÍTULO 20**  
**EL PAÍS DE DELICADA PORCELANA CHINA 165**

**CAPÍTULO 21**  
**EL LEÓN SE CONVIERTE EN EL REY  
DE LOS ANIMALES 171**

**CAPÍTULO 22**  
**EL PAÍS DE LOS CUADLINS 175**

**CAPÍTULO 23**  
**LA BRUJA BUENA CONCEDE A DOROTHY  
SU DESEO 181**

**CAPÍTULO 24**  
**DE NUEVO EN CASA 187**



## PRÓLOGO

El 8 de abril de 1900, L. Frank Baum, editor de revistas de Chicago, le escribió a su hermano, el doctor Henry C. Baum, que vivía en Siracusa, para hablarle de sus proyectos. El otoño anterior había publicado un sorprendente libro ilustrado de modernas rimas disparatadas, *Father Goose: His Book* [‘El libro de papá ganso’] que obtuvo un éxito inmediato e inesperado. Los editores que antes habían rechazado su obra pasaron a reclamar sus manuscritos. Ese año en concreto escribió una ingente cantidad de títulos: *The Songs of Father Goose* [‘Las canciones de papá ganso’]; una colección de fantásticos cuentos de hadas titulada *A New Wonderland* [‘Un nuevo país de las maravillas’], y *The Army Alphabet* [‘El alfabeto del ejército’] y *The Navy Alphabet* [‘El alfabeto de la marina’]. Ese mismo año Baum ofreció también mediante suscripción nada menos que un tratado para decoradores de escaparates, *The Art of Decorating Dry Goods Windows and Interiors* [‘El arte de decorar escaparates de ropa de confección e interiores’]. «Y después está el otro libro», le contaba a su hermano como quien no quiere la cosa, «*El maravilloso mago de Oz*, según me dicen, lo mejor que he escrito. Se encuentra ahora en la imprenta y estará listo después del primero de mayo... El señor Hill, mi editor, dice que espera vender por lo menos un cuarto de millón de ejemplares. Si no se equivoca, con ese libro solo resuelvo mi problema. Pero el público, que es raro y de poco fiar, todavía no se ha pronunciado. Este año me hace falta un solo acierto para asegurar mi posición... Pero, la verdad... quién sabe». En efecto, ¿quién iba a saber que en Estados Unidos este último título llegaría a ser el libro infantil más vendido del siglo XX y, a la larga, un auténtico clásico de importancia internacional?

En aquella época no había en el mercado nada parecido. La mayoría de los libros dirigidos al público juvenil publicados en Estados Unidos

tenían como objetivo enseñar y predicar. Por su parte, Baum escribió esta historia «con el exclusivo propósito de agradar a los niños de hoy». La introducción a su gran cuento de hadas era un manifiesto en favor de otro tipo de literatura juvenil para el nuevo siglo. Definió su libro como «un cuento de hadas modernizado en el que predominan el asombro y la alegría, y en el que las penas y las pesadillas no tienen cabida». Estaba decidido a sustituir las tradiciones europeas, de corte a menudo aterrador, de Hans Christian Andersen y de los hermanos Grimm por otras historias nuevas y maravillosas que «lleven la impronta de nuestros tiempos y describan a las hadas progresistas de hoy». La suya sería una literatura juvenil plagada de deleite. Exigía «una serie de nuevos cuentos maravillosos en los que el genio, el enano y el hada estereotipados sean eliminados junto con las peripecias horribles y espeluznantes, concebidas por sus autores para señalar en cada cuento una moraleja temible». No quería que ningún pequeño se fuera a la cama muerto de miedo. «Lo trágico, lo terrible y lo espantoso no deberían tener cabida en un libro infantil», insistía. «Recuerdo que de niño me despertaba espantado por culpa de algún sueño horrible sobre las cosas tremendas que había leído. No es bueno para los niños; yo dejo eso fuera».

Baum estaba convencido de que los niños «anhelan las maravillas, los cuentos de hadas, las aventuras, los sucesos increíbles y sorprendentes; lo esplendoroso, el color y una sucesión caleidoscópica de incidentes que sirvan de inspiración». Él mismo se encargaba de proporcionar esas maravillas con su forma única de contar historias, de las que solo quedaba excluido el tedio. Baum se negaba a aburrir a los jóvenes con cuentos sobre el amor y el matrimonio que no pueden comprender. (Eran los que a él lo aburrían cuando era niño.) «A los niños no les hacen mucha gracia los párrafos descriptivos por primorosos que sean», explicaba. «Quieren diálogos decididos y chispeantes. La acción no debe perder ritmo sino que debería ser como una corriente impetuosa, llena de remolinos, que se precipita hacia el final. Y la lengua utilizada debería ser sencilla y sin adornos. En cuanto a las moralejas, los niños

son listos y las asimilan enseguida, siempre y cuando no vayan acompañadas de una etiqueta con una advertencia». El autor se mantuvo fiel a sus principios. No vio la necesidad de educar o mejorar a sus jóvenes lectores. Su único propósito era entretener. Además de los cuentos de hadas había muchos otros sitios de donde las niñas y los niños podían extraer enseñanzas morales y otros consejos. Eso no significa que *El mago de Oz* sea inmoral o amoral. El relato sigue una regla universal: el bien siempre prevalece sobre el mal.

Otra virtud de este relato de Baum radica en su extraordinaria capacidad para estimular la mente de los pequeños. «La imaginación llevó a Franklin a descubrir la electricidad», informaba a sus lectores. «A la imaginación debemos la locomotora, el teléfono, el gramófono y el automóvil, porque estas cosas primero tuvieron que ser soñadas antes de convertirse en realidad. De manera que creo que los sueños, el soñar despiertos, con los ojos abiertos de par en par y la maquinaria del cerebro zumbando, pueden conducirnos a mejorar el mundo. El niño imaginativo se convertirá en la mujer o el hombre imaginativo con más aptitud para crear, inventar y, por lo tanto, fomentar la civilización». A lo largo del siglo pasado, las mentes más brillantes y creativas de Estados Unidos y el extranjero han dado fe de la extraordinaria influencia de Oz en sus vidas.

*El mago de Oz* no es solo un cuento de hadas modernizado, es un cuento de hadas estadounidense. No tiene lugar en tiempos pasados sino aquí y ahora. La niña heroína de Baum no se pierde en la Selva Negra de Alemania, ni se precipita dentro de la madriguera de un conejo en Inglaterra. No, a ella se la lleva uno de los típicos tornados de Kansas que la deposita con mucha delicadeza (pese a tratarse de un tornado) en un lejano país encantado. La niña se topa con el Espantapájaros, que se asemeja a cualquiera de los que se podrían encontrar en cualquier maizal de Estados Unidos. El Leñador de Hojalata es reflejo del gran ingenio para la mecánica de aquel país. Y el mago de Oz no es ni más ni menos que un pregonero de circo de Omaha, Nebraska. Por supuesto que hay

brujas malvadas y zapatos y gorros mágicos y otras convenciones de los cuentos de hadas europeos con los que, cuando lo considera oportuno, Baum juega libremente a lo largo de las aventuras de Dorothy en el país de Oz. La novela también potencia el antiguo rasgo yanqui de la independencia. Dorothy no espera, lánguida, la llegada de su príncipe. Es una niña pionera, típicamente americana, con sangre en las venas, que se arremanga y resuelve sus problemas.

Pese a ser un libro con un éxito rotundo en Estados Unidos, *El mago de Oz* tardó un tiempo en ser reconocido en el resto del mundo. Cualquiera hubiera pensado que el hecho de ser tan representativo de ese país le habría asegurado una popularidad inmediata más allá de sus fronteras. ¿No debería Kansas resultarle a los niños europeos un lugar tan exótico como la Selva Negra a los niños americanos? Hasta 1932 no apareció la primera traducción al francés, *Le magicien d'Ohz*, publicada por la editorial parisina Les Éditions Denoël et Steele. La verdadera afluencia de traducciones del gran cuento de hadas americano se produjo en 1939 con el estreno del musical en technicolor de MGM, protagonizado por Judy Garland. Poco después aparecieron las ediciones en alemán, chino, checo, danés, hebreo, húngaro, italiano, japonés, neerlandés, rumano, ruso, sueco... Hoy *El mago de Oz* es uno de los libros infantiles más traducidos. Dorothy y sus tres compañeros, además de Toto, han viajado a todos los rincones del mundo. En 1939, Editorial Molino de Barcelona y Buenos Aires publicó la primera traducción al español de *El mago de Oz*, debida al traductor José Mallorquí y Figuerola e ilustrada por el famoso dibujante Emilio Freixas. Siguiéron rápidamente otras ediciones hasta que *El mago de Oz* llegó a ser reconocido como un clásico juvenil en todo el ámbito del mundo hispanohablante.

Ahora nos llega esta nueva edición magníficamente traducida al castellano por Celia Filipetto, quien afirma: «Mi encuentro con *El mago de Oz* fue en la pantalla, cuando vi la película de Victor Fleming en televisión y desde entonces, cada vez que pienso en el libro y en Dorothy, enseguida me viene a la cabeza la canción *Somewhere Over the Rainbow*, interpre-

tada por Judy Garland. Leí la novela de L. Frank Baum mucho después y volví a leerla cuando Combel me encargó su traducción al español.

»Abordar la traducción de un clásico es complicado y fácil a la vez. Complicado, porque la obra llega a manos de quien traduce con todas sus versiones anteriores a cuestas; fácil, porque esa historia previa de todo clásico, con sus traducciones anteriores y sus ediciones anotadas, sirve a quien traduce de guía y aprendizaje.

»La atmósfera de los cuentos de hadas clásicos le sirve a Baum para contarnos el paisaje de las praderas del Medio Oeste de Estados Unidos, las costumbres de sus gentes y las aventuras de una niña huérfana curiosa y valiente. Lo hace con un estilo sencillo y efectivo, descripciones concisas y diálogos chispeantes. Al abordar esta nueva versión al español, metí en mi maleta traductora todos estos elementos y emprendí el cruce del arcoíris lingüístico con la intención de llegar al otro lado sin perder nada por el camino y dejarlos reflejados en el otro lado lo más fielmente posible. Espero haberlo conseguido».

L. Frank Baum también entendió que las ilustraciones eran tan importantes como las palabras. «La belleza de la ilustración moderna confiere un encanto irresistible a la mayoría de las recientes publicaciones infantiles», declaró. Por consiguiente, el autor trabajó con algunos de los grandes dibujantes de su generación, en particular con W. W. Denslow, John R. Neill y Maxfield Parrish. *El mago de Oz* ha sido interpretado y reinterpretado de mil maneras diferentes por ilustradores tan famosos como H. M. Brock, Michael Foreman, Robert R. Ingpen, Arnold Lobel, Barry Moser, Nikolai Radlov, Robert Sabuda, Charles Santore, Richard Scarry, Leonard Weisgard y Lisbeth Zwerger. Es evidente que no hay una versión definitiva de *El mago de Oz*.

Dorothy y sus tres compañeros no eran del todo desconocidos para Iban Barrenetxea en su niñez en Elgoibar, Guipúzcoa. «Me avergüenza confesar que no leí *El mago de Oz* de niño», escribe este talentoso dibujante. «Creo que mi primer encuentro fue con la película de 1939 y también con las muchas referencias y adaptaciones en forma de dibu-

jos animados, canciones, etcétera». Con el tiempo fue desarrollando un ingenioso estilo de dibujo a partir de una amplia serie de influencias. «Admiro a ilustradores tan diversos como Norman Rockwell y Sempé, aunque muy distintos en la técnica, ambos son maestros absolutos en el arte de contar historias visualmente», comenta. «Me fascina el mundo único de Edward Gorey, adoro a Ronald Searle. Y en los últimos años me han obsesionado los grabadores e ilustradores satíricos como Gillray, Rowlandson, Cruikchank, etcétera». Los alegres trabajos artísticos de las antiguas revistas de humor bien ilustradas como *Punch*, *Le Rire* y *Simplicissimus* también le han servido de gran inspiración.

Tras haber creado una espléndida serie de ilustraciones para *Alicia en el país de las maravillas* en 2011, era natural que Barrenetxea ilustrara ahora *El mago de Oz*. Uno de los libros preferidos de Baum cuando era niño fue precisamente *Alicia en el país de las maravillas*, y la pequeña Dorothy Gale de Kansas debe mucha de su energía y firmeza a la heroína más formal y educada de Lewis Carroll. Según Baum, «el secreto del éxito de Alicia se debe al hecho de que fue una niña de verdad y cualquier niño normal podía identificarse con ella y con sus aventuras. Tal vez la historia asombre a los pequeños, pero Alicia está haciendo algo en todo momento, y además, está haciendo cosas extrañas y maravillosas, de modo que los niños la siguen embelesados». Lo mismo puede decirse de Dorothy. Nadie, ni la bruja malvada ni el maravilloso mago, le va a impedir volver a Kansas.

A pesar de que el ilustrador siente un enorme respeto por este texto canónico, ello no le ha impedido lanzar su propio hechizo sobre este conocidísimo relato. Barrenetxea ha hecho los deberes. «Para mí lo más importante es la historia», explica, «siempre trato de documentarme a fondo. Leo biografías, busco referencias. Y debo confesar que es la parte de mi trabajo que más me gusta, cuando todavía no he hecho un bosquejo y todo es posible». Cada proyecto plantea problemas únicos. «Cada libro es un nuevo desafío», reconoce. «Trabajo digitalmente, pero siempre voy buscando para mis imágenes el acabado más natural.

En los últimos tiempos, sacrifico parte de los detalles para conseguir un resultado más libre y cálido». Sus dibujos elegantes y divertidos captan con mano experta toda la translucidez y la textura de la acuarela tradicional, ajena a las técnicas tecnológicas más comunes.

¡Y qué maravillosas caracterizaciones! Barrenetxea ha dotado de nueva vida a todas las extrañas figuras de Oz. Es muy consciente de lo que ya han hecho sus predecesores tanto en libros como en el cine. «Por eso siento la presión de tratar de crear mi propia idea sin traicionar al lector negando todo ese bagaje», reconoce. «Y todo ello sin hacer nada de lo que ya se hizo. Pero en este caso, la historia y las imágenes son tan ricas que estoy sorprendido de lo bien que me lo paso». No tenía por qué preocuparse. En estos preciosos dibujos no hay nada mediocre ni adocenado. «Realmente envidio que Baum haya podido alumbrar esos personajes», explica. «Sobre todo los tres compañeros de Dorothy. El libro está repleto de personajes tan únicos que crean la ilusión de haber existido siempre. Muy pocos autores han sido capaces de inventar personajes literarios tan vivos que todos los conocen aunque no hayan leído los libros ni visto la película». No se puede negar que con su notable estilo Barrenetxea ha animado la célebre fantasía del autor. Comparte con este último un sentido del humor contagioso y chispeante. «La niñez es el tiempo de las fábulas, de los sueños, de la dicha», declaró Baum. Por lo tanto, sus historias «estaban destinadas a provocar la risa y a alegrar el corazón». Él exigía lo mismo a las ilustraciones de sus libros. ¡Ante todo deben ser divertidas! El arte de Iban Barrenetxea está dotado de la gracia y el astuto ingenio que resultan perfectos para el famoso clásico de la literatura infantil de Estados Unidos. L. Frank Baum habría disfrutado mucho con estos dibujos. A mí me encantan. ¡Espero que a vosotros también!

MICHAEL PATRICK HEARN  
Nueva York, 2021



## INTRODUCCIÓN

El folclore, las leyendas, los mitos y los cuentos de hadas han acompañado a la infancia a través de los tiempos, pues todo niño sano tiene una saludable e instintiva afición por las historias fantásticas, prodigiosas y manifiestamente irreales. Las hadas aladas de Grimm y Andersen han procurado a los corazones infantiles más felicidad que todas las demás creaciones humanas.

Sin embargo, tras haber servido durante generaciones, el cuento de hadas de antaño puede ahora catalogarse de «histórico» en la biblioteca infantil, porque ha llegado la hora de que surja una serie de nuevos «cuentos maravillosos» en los que el genio, el enano y el hada estereotipados sean eliminados junto con las peripecias horribles y espeluznantes, concebidas por sus autores para señalar en cada cuento una moraleja temible. La educación moderna incluye la moral; por lo tanto, el niño moderno solo busca entretenimiento en sus cuentos maravillosos y con gusto prescinde de todos los episodios desagradables.

Con esta idea en mente, la historia de *El maravilloso mago de Oz* se escribió con el exclusivo propósito de agradar a los niños de hoy. Aspira a ser un cuento de hadas modernizado en el que predominan el asombro y la alegría, y en el que las penas y las pesadillas no tienen cabida.

L. FRANK BAUM

Chicago, abril de 1900

ESTE LIBRO ESTÁ DEDICADO  
A MI BUENA AMIGA  
Y COMPAÑERA: MI MUJER

L. F. B.

EL  
MARAVILLOSO  
MAGO  
DE

O

Z



CAPÍTULO 1  
EL TORNADO

**D**orothy vivía

en medio de las vastas praderas de Kansas, con su tío Henry, que era granjero, y su mujer, la tía Em. Su casa era pequeña, porque la madera para construirla venía de muy lejos y había que transportarla en carros. Constaba de cuatro paredes, un suelo y un tejado, que formaban una habitación; esta habitación contenía una cocina de aspecto herumbroso, un aparador para los platos, una mesa, tres o cuatro sillas y las camas. El tío Henry y la tía Em tenían una cama grande en un rincón y Dorothy, otra pequeña en el otro rincón. No había ni altillo ni sótano, solo un hueco cavado en el suelo, llamado refugio para tornados, donde la familia podía guarecerse en caso de que se acercara uno de aquellos tremendos torbellinos, de una fuerza descomunal, capaces de arrasar con todo a su paso. Se accedía por una trampilla en el centro de la habitación y se bajaba al refugio, pequeño y oscuro, por una escalera.

Desde la puerta de la casa Dorothy no veía más que vastas praderas grises a ambos lados. Ni un solo árbol ni una sola casa interrumpían la amplísima extensión de terreno llano que rozaba el borde del cielo en todas direcciones. La tierra arada, endurecida por el sol, era una masa gris recorrida por pequeñas grietas. Ni siquiera la hierba era verde,

porque el sol había quemado las puntas de las largas hojas hasta teñirlas del mismo gris que se veía por todas partes. Alguna vez habían pintado la casa, pero el sol descascarilló la pintura y las lluvias se la llevaron, y ahora la vivienda se veía tan apagada y gris como todo lo demás.

Cuando la tía Em fue a vivir allí era una mujer joven y bonita. El sol y el viento también la habían cambiado. Le habían robado el brillo de los ojos para dejarlos de un gris sobrio; se habían llevado el rojo de sus mejillas y sus labios hasta que también fueron grises. Era flaca y descarnada, y había dejado de sonreír. Cuando Dorothy quedó huérfana y fue a vivir con ella, la tía Em se sobresaltaba tanto de las risas de la pequeña que lanzaba un grito y se llevaba una mano al corazón cada vez que a sus oídos llegaba la voz alegre de la niña, y todavía la miraba asombrada de que encontrase motivos para reír.

El tío Henry nunca reía. Trabajaba con ahínco, de sol a sol, y no sabía lo que era la alegría. También era gris, de la larga barba a las botas recias; tenía un aire severo y solemne, y hablaba poco.

Toto era quien arrancaba carcajadas a Dorothy y la salvaba de volverse gris como el paisaje que la rodeaba. Toto no era gris; era un perrito negro, de larga pelambre sedosa y ojitos negros que brillaban alegres a ambos lados de su graciosa naricilla. Toto se pasaba el día jugando; Dorothy lo seguía en sus juegos y lo quería mucho.

Ese día, sin embargo, no jugaban. Sentado en la puerta de la casa, el tío Henry miraba el cielo con preocupación, pues lo notaba más gris que de costumbre. De pie, en el umbral, con Toto en brazos, Dorothy también miraba el cielo. La tía Em fregaba los platos.

Desde el lejano norte les llegó el lamento grave del viento y el tío Henry y Dorothy vieron la hierba alta meciéndose ante la tormenta inminente. Oyeron entonces, desde el sur, un silbido agudo en el aire y, al volver la vista hacia allí, vieron el oleaje de la hierba también en esa dirección.

El tío Henry se levantó de golpe.

—¡Que viene un tornado, Em! —le gritó a su mujer—. Voy a echar un vistazo al ganado —corrió hacia el establo, donde guardaba las vacas y los caballos.

La tía Em dejó lo que estaba haciendo y fue a la puerta. De un vistazo supo que el peligro se encontraba muy cerca.

—¡Deprisa, Dorothy! —gritó—. ¡Corre al refugio!

Toto saltó de los brazos de Dorothy, se metió debajo de la cama y la niña se puso a buscarlo. Presa del pánico, la tía Em abrió la trampilla del suelo, bajó la escalera y se metió en el oscuro refugio. Dorothy consiguió, al fin, atrapar a Toto y se dispuso a seguir a su tía. Cuando se encontraba en medio de la habitación, el viento soltó un potente rugido y la casa se sacudió tanto que la pequeña perdió el equilibrio y cayó sentada en el suelo.

Y entonces, ocurrió algo extraño.

La casa dio dos o tres vueltas y, poco a poco, comenzó a elevarse hacia el cielo. Dorothy tuvo la sensación de estar ascendiendo en un globo.

Los vientos del norte y del sur se encontraron en el sitio donde estaba la casa, convirtiéndolo en el centro del tornado. En el vórtice de un tornado el aire suele estar en calma, pero el viento ejercía una presión tan grande sobre las cuatro paredes de la vivienda que la fue elevando cada vez más y en lo alto permaneció para ser arrastrada, como si fuese una pluma, a kilómetros de distancia.

Reinaba una profunda oscuridad y el viento aullaba horriblemente a su alrededor, pero Dorothy comprobó que era transportada con facilidad. Después de los primeros giros y de una ocasión en que la casa se inclinó muchísimo, la niña tuvo la sensación de que la mecían con dulzura, como a un bebé en una cuna.

A Toto no le gustó. Corría de acá para allá por el cuarto ladrando con fuerza, pero Dorothy siguió sentada en el suelo, sin moverse, y esperó a ver qué ocurría.

En un momento dado, Toto se acercó demasiado a la trampilla abierta y cayó dentro; al principio, la niña pensó que lo había perdido,





aunque no tardó en comprobar que las orejas del perro asomaban por el agujero, pues la enorme presión del aire lo mantenía a flote, impidiéndole caer. Dorothy se arrastró hasta la abertura, agarró a Toto de una oreja, lo metió otra vez en el cuarto y cerró la trampa para que no hubiese más accidentes.

Las horas fueron pasando y, poco a poco, Dorothy consiguió dominar el miedo, pero se sentía muy sola y el aullido del viento era tan penetrante que casi la ensordecía. Al principio, la niña se había preguntado si quedaría hecha pedazos cuando la casa cayera otra vez, pero con el paso de las horas y al ver que no ocurría nada grave, dejó de preocuparse, y decidió esperar tranquilamente y ver qué le deparaba el futuro. Al final, se arrastró hasta su cama por el suelo oscilante y se acostó. Toto la siguió y se tumbó a su lado.

A pesar del vaivén de la casa y del gemido del viento, Dorothy no tardó en cerrar los ojos y quedarse profundamente dormida.